

muchas veces por mí. Yo creo que sin duda sería el padre Muñoz: le hubiera recibido con un corazón *limpido e bianco*, como él me recibió en Jaffa, y á mi vez le hubiera preguntado:

¿Sed tibi qui cursum venti, quæ fata dedere?

Me olvidaba decir que me han facilitado, demasiado tarde para mi objeto, algunas noticias dadas por varios viajeros que últimamente han estado en Grecia, cuya vuelta anuncian los periódicos: tambien he leído en una obra alemana sobre la España moderna, un escelente trozo, titulado: *Los españoles del siglo catorce*. En ella he encontrado noticias muy curiosas y apreciables acerca de la espedicion á Grecia de los catalanes, que se dirigieron al ducado de Atenas, donde reinaba en aquella época un príncipe francés de la casa de Brienne. El mismo Montaner, compañero de armas de los héroes catalanes, escribió la historia de aquella conquista. No me era conocida esta obra, citada con frecuencia por el escritor alemán; y hubiera aprovechado sus conocimientos y relaciones, ó para corregir mis errores, ó para añadir algunos hechos mas á la introduccion del *Itinerario*.



INTRODUCCION.

MEMORIA PRIMERA.

Dividiré esta introduccion en dos memorias: en la primera comenzaré á tratar de la historia de Esparta, por los tiempos de Augusto, continuándola hasta nuestros dias. En la segunda examinaré la autenticidad de las tradiciones religiosas sobre Jerusalem.

Es verdad que Spon, Wheler, Fanelli, Chandler y Leroy, han hablado del estado de los griegos en la edad media; pero el cuadro trazado por estos sábios está muy distante de ser completo. Se han contentado con los hechos generales sin cansarse de poner en claro la historia bizantina; no han tenido conocimiento de algunos viajes al Levante: aprovechándome de sus trabajos, procuré suplir lo que han omitido.

En cuanto á la historia de Jerusalem, no presenta oscuridad alguna en los siglos bárbaros, pues que jamás se pier-

de de vista á la Santa Ciudad. Mas cuando los peregrinos os dicen: "Fuimos al sepulcro de Jesucristo, entramos en la gruta donde el Salvador del mundo sudó sangre, etc.," un lector incrédulo podria imaginarse que los peregrinos se han dejado engañar por tradiciones inciertas, y este punto de crítica es el que me propongo discutir en la segunda memoria de esta introduccion.

Volviendo ahora á la historia de Esparta y de Atenas, me espresaré del modo siguiente:

Cuando los romanos aparecieron por primera vez en Oriente, Atenas se declaró su enemiga, y Esparta siguió su suerte. Sila quemó el Pireo y Muniquia, saqueó la ciudad de Cecrope, é hizo tan gran carnicería de los ciudadanos, que la sangre, dice Plutarco, llenaba todo el Cerámico, rebosando de él.

En las guerras civiles de Roma, los atenienses siguieron el partido de Pompeyo, que les parecia ser el de la libertad. Los lacedemonios se unieron á la suerte de César. Este no quiso vengarse de Atenas. Esparta, fiel á la memoria de César, combatió contra Bruto en la batalla de Filipos, y Bruto habia prometido el saqueo de Lacedemonia á sus soldados si alcanzaba victoria. Los atenienses erigieron estátuas á Bruto, se unieron á Antonio, y fueron castigados por Augusto. Cuatro años antes de la muerte de este príncipe se rebelaron contra él.

Atenas permaneció libre durante el reinado de Tiberio. Los procuradores de Esparta sostuvieron un ligero proceso en Roma contra los mesenios, en otro tiempo sus esclavos, y le perdieron. Disputaban por la posesion del templo de Diana-Limnatida; precisamente de Diana, cuyas fiestas fueron el origen de las guerras de Mesenia.

Si Estrabon vivió realmente en el imperio de Tiberio, la

descripcion de Esparta y de Atenas por este geógrafo deberá referirse á los tiempos de que hablamos.

Cuando Germánico pasó por el territorio de los atenienses, respetando su antigua gloria, se despojó de sus insignias, precediéndole solo un lictor.

Pomponio Mela escribia hácia el tiempo del emperador Claudio, y se limita á nombrar á Atenas cuando describe la costa del Atica.

Neron estuvo en Grecia, pero no entró en Atenas ni en Lacedemonia.

Vespasiano redujo la Acaya á provincia romana, y la dió por gobernador un procónsul. Plinio el Mayor, querido de Vespasiano y de Tito, habló, reinando estos príncipes, de varios monumentos de Grecia.

Apolonio de Thyanes, durante el reinado de Domiciano, halló vigentes en Lacedemonia las leyes de Licurgo.

Nerva favoreció á los atenienses. Los monumentos de Herodes Atico y el viaje de Pausanias vienen á ser de esta época.

Plinio el Menor, en tiempo de Trajano, ruega á Máximo, procónsul de Acaya, que gobierne á Atenas y á Grecia con suave mando.

Adriano restableció los monumentos de Atenas, acabó el templo de Júpiter Olímpico, edificó una nueva ciudad cerca de la antigua, é hizo que floreciesen en Grecia las ciencias, las letras y las artes.

Antonino y Marco-Aurelio colmaron á Atenas de beneficios. El último se dedicó sobre todo á volver á la Academia su antiguo esplendor: aumentó los profesores de filosofía, de elocuencia y de derecho civil, hasta el número de trece; y fueron dos platónicos, dos peripatéticos, dos estóicos, dos epicúreos, dos rectores, dos profesores de derecho

civil y un prefecto de la juventud. Luciano, que vivia entonces, dice que Atenas estaba llena de filósofos con largas barbas, mantos, báculos y alforjas.

A fines del siglo que venimos hablando, se escribió el Polihistor de Solino, quien describe varios monumentos de Grecia, sin copiar por eso á Plinio el naturalista, tan servilmente como muchos han querido sostener.

Severo privó á Atenas de parte de sus privilegios en castigo de haberse declarado por Pescennio Niger.

Habiendo caido Esparta en el olvido, cuando aun Atenas fijaba la atencion del universo, logró la estimacion de Caracalla, que no podremos menos de mirar como ignominiosa: este príncipe tenia en su ejército un batallon de lacedemonios y una guardia de espartanos para su propia persona.

Habiendo invadido los escitas á Macedonia en tiempo del emperador Galien, llegaron á poner sitio á Thesalónica. Recelosos con esto los atenienses, prontamente procuraron reedificar los muros que Sila habia derribado.

Algunos años despues los herulos saquearon á Esparta, Corinto y Argos; pero Atenas pudo libertarse por el esfuerzo de uno de sus ciudadanos, llamado Dexippo, igualmente conocido en las letras y en las armas.

Entonces se abolió la dignidad de arconte, y quedó por primer magistrado el regidor del *agora*, ó mercado público.

Los godos tomaron esta ciudad reinando Claudio II. Quisieron quemar las bibliotecas; pero uno de aquellos bárbaros se opuso. "Conservemos, dijo, estos libros que hacen que los griegos sean tan fáciles de vencer, y los privan del amor á la gloria." Pero el ateniense Cleodeno, que habia escapado de las desgracias de su patria, reunió alguna tropa, acometió á los godos, mató un gran número y disper-

só á los demás, haciéndoles ver con esto que la ciencia no excluye el valor.

Atenas se repuso prontamente de este desastre, pues se la ve poco tiempo despues ofrecer honores á Constantino, y recibir gracias. Este príncipe dió al gobernador de Atica el título de gran duque; el cual, fijándose en una familia, vino á ser hereditario, convirtiendo al fin la república de Solon en un principado gótico. En el concilio de Nicea hallamos un obispo de Atenas, llamado Pito.

Constancio, sucesor de Constantino, despues de la muerte de sus hermanos Constantino y Constante, hizo donacion de varias islas á la ciudad de Atenas.

Juliano, educado entre los filósofos del Pórtico, no pudo dejar á Atenas sin derramar lágrimas de dolor. Los Gregorios, los Cirilos, los Basilios, los Crisóstomos, recibieron lecciones de sagrada elocuencia en la patria de los Demóstenes.

Reinando Teodosio Magno, los godos devastaron á Epiro y á Tesalia, y cuando se disponian á pasar á Grecia, fueron contenidos por Teodoro, general de los aqueos, á quien agradecida Atenas levantó estátuas.

Honorio y Arcadio gobernaban el imperio cuando Alarico penetró en Grecia. Zosimo refiere que el conquistador vió al acercarse á Atenas á Minerva que le amenazaba desde lo alto de la ciudadela, y Aquiles en pié delante de las murallas. Si se ha de dar crédito al mismo historiador, Alarico no se atrevió á saquear una ciudad protegida por los héroes y los dioses. Pero toda esta relacion parece fabulosa. Sinesio, mas cercano á aquella época que Zosino, compara á Atenas incendiada por los godos, á una víctima que la llama ha devorado, y de la cual no quedan

mas que los huesos. Se cree que el Júpiter de Phidias pereció en esta invasion de los bárbaros.

Corinto, Argos, las ciudades de Arcadia, de Elea y de Laconia, sufrieron la misma suerte que Atenas. "Esparta tan famosa, dice tambien Zosimo, no pudo escapar de ella; sus ciudadanos la abandonaron, y sus jefes le fueron traidores: sus jefes, viles ministros de los injustos y corrompidos tiranos que entonces gobernaban el Estado."

Cuando Stilicon vino á echar á Alarico del Peloponeso, acabó de arruinar tan desgraciado país.

Athenais, hija de Leoncio el Filósofo, conocida con el nombre de Eudoxia, nació en Atenas, y se casó con Teodosio el Joven.¹

Mientras que Leoncio gobernaba el imperio de Oriente, Genserico penetró de nuevo en Acaya. Procopio no nos dice cuál fué la suerte de Esparta y de Atenas en esta nueva invasion.

El mismo historiador en su *Historia Secreta* pinta en los siguientes términos los estragos causados por los bárbaros: "Desde que Justiniano gobierna el imperio, Tracia, el Quersoneso, *Grecia*, y todo el país que se estiende entre Constantinopla y el golfo de Jonia, han sido devastados todos los años por los antos, los esclavones y los hunos. Mas de doscientos mil romanos han sido muertos ó hechos prisioneros

¹ No se ha puesto bastante cuidado en el orden cronológico, y así se coloca indebidamente el casamiento de Eudoxia antes de la toma de Atenas por Alarico. Zonaras dice que Eudoxia, echada de allí por sus hermanos Valerio y Jenesio, se habia visto obligada á huir á Constantinopla: Valerio y Jenesio vivian tranquilamente en su patria, y Eudoxia los elevó á las dignidades del imperio. Toda esta historia del casamiento y de la familia de Eudoxia parece probar que Atenas no padeció tanto cuando pasó por ella Alarico, como dice Sinesio, y que Zosimo puede muy bien tener razon, á lo menos en cuanto al hecho.

en cada invasion de los bárbaros, y los países que acabo de nombrar se parecen ya á los desiertos de Escitia."

Justiniano hizo reparar las murallas de Atenas, y levantar torres en el istmo de Corinto. En la lista de las ciudades que este príncipe adornó ó fortificó, Procopio no cita á Lacedemonia. Se advierte que los emperadores de Oriente tenian una guardia laconiana ó tzaconiana, segun la pronunciacion introducida entonces. Estas guardias, armadas con picas, llevaban una especie de coraza adornada con figuras de leones: el soldado iba vestido de un casacon de paño, y cubria su cabeza con una capucha. El jefe de esta milicia se llamaba *stratopdarcha*.

El imperio de Oriente habia sido dividido en gobiernos llamados *themata*. Lacedemonia vino á ser herencia de los hermanos ó de los hijos mayores del emperador. Los príncipes de Esparta tomaban el título de déspotas, sus mujeres se llamaban despenas, y el gobierno despotado. El déspota residia en Esparta ó en Corinto.¹

Aquí comienza un largo silencio en la historia sobre el país mas famoso del universo. Spon y Chandler pierden á Atenas de vista por espacio de setecientos años: "Ya sea, dice Spon, defecto de la historia, que es corta y oscura en aquellos siglos, ó que la fortuna le haya concedido tan largo descanso." Sin embargo, se descubren en el curso de estos siglos algunos rastros de Esparta y de Atenas.

Volvemos á hallar el nombre de Atenas en Theophylacto Simocates, historiador del emperador Mauricio. Habla de las musas *que brillan en Atenas con sus mas ricos atavíos*,

¹ Este título de déspota no era sin embargo peculiar al principado de Esparta, pues habia déspotas de Oriente y de Tesalia, etc., lo cual causa confusion en la historia.

lo que prueba que por el año 590 Atenas era aún mansion de las musas.

El anónimo de Rávena, escritor godo que vivía probablemente en el sétimo siglo, nombra tres veces á Atenas en su geografía, de la que no tenemos mas que un extracto mal hecho por Galateo.

Imperando Miguel III, los esclavones se estendieron por Grecia; Theoctisto los derrotó y arrojó hasta la interior del Peloponeso. Dos hordas de estos pueblos, cuales fueron los esceritas y los milingos, se establecieron al Oriente y Occidente del Taygetes, que se llamaba entonces Pentadactylo. No obstante el sentir de Constantino-Porphrogenetes, estos esclavones son los ascendientes de los mainotas, y de consiguiente éstos no son los descendientes de los antiguos espartanos, como se cree actualmente, sin saber que no es mas que ridícula opinion de Constantino-Porphrogenetes.¹ Sin duda son estos esclavones los que mudaron el nombre de Amyclea en el de Sclabochorlon.

Leemos en las obras de Leon el Gramático, que los habitantes de Grecia, no pudiendo sufrir las injusticias de Chases, hijo de Job y prefecto de Acaya, le apedrearon en una iglesia de Atenas reinando Constantino VII.

En tiempo de Alejo Comneno, algun tiempo antes de las cruzadas, vemos á los turcos talar las islas del Archipiélago y todas las *costas del Occidente*.

En una batalla entre los pisanos y los griegos, un conde, natural del *Peloponeso*, se distinguió por su valor hácia los años de 1085; de consiguiente, el Peloponeso no tenia aún el nombre de Morea.

¹ La opinion de Paw, que hace descender á los mainotas, no de los espartanos, sino de los laconios, á quienes dieron libertad los romanos, no se funda en ninguna verosimilitud histórica.